

estar el cristiano con la Santísima Eucaristía! con su posesión nada tiene que temer.

Terminaremos esta primera parte, cantando con la Iglesia: «No existe ningún sacramento más admirable que Éste por el cual se purguen los pecados, se aumenten las virtudes, se llene el entendimiento de la abundancia de todos los espirituales carismas (1);» se sustente, en una palabra, la vida de la gracia en el alma.

§. II.

Pero, Jesús Sacramentado puede sustentar la vida del cuerpo, como lo ha evidenciado por determinado tiempo en algunas almas privilegiadas.

No es semejante efecto, fruto inmediato de la santa Eucaristía, por tres razones principales. Primera; porque Nuestro Señor, á fin de sustentar la vida corporal nos dió medios materiales, y quiere que estos medios, apropiados á la naturaleza física del hombre, tengan su natural aplicación en el cuerpo humano. Segunda; porque la adorable Eucaristía se instituyó únicamente para mantener la vida espiritual. Tercera, legítima consecuencia de las dos anteriores; porque sería gran aberración querer aplicar un sacramento del orden espiritual para necesidades del orden material.

III. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que el Santísimo Sacramento ha sustentado diversas veces el cuerpo humano; esta verdad práctica no deja de tener su fundamento sólido y su explicación sencilla. En efecto: hay santos Padres que afirman que el Sacramento de la Eucaristía ha sido instituído para la santificación del alma y del cuerpo; desde este punto de vista el cuerpo humano recibe inmediatamente de la Eucaristía divinos efluvios que en cierto modo le santifican y glorifican. Á la verdad; esas cualidades gloriosas en cuerpos mortales de los siervos de Dios; esos divinos éxtasis en que la materia, menos pesada que una ligera pluma, se eleva sobre las miradas de los circunstantes;

(1) In opus. 57 Sti. Thomæ Aquin.

esa doble ocupación de lugar á un propio tiempo; ese mantenimiento en cierto modo espiritual del cuerpo humano, no explican otra cosa que la actual posesión de gloriosas dotes que al cuerpo aun no le pertenecen, pero que las recibe por un acto de la bondad de Dios. Y pregunto ahora; si esto es así, ¿no podrá el cuerpo humano recibir inmediatamente del Cuerpo de Jesucristo el sustento corporal, cuando realmente aquellos efectos son sin duda alguna procedentes de la recepción de la Eucaristía? Otros Padres de la Iglesia opinan que la Comunión engendra entre el cuerpo del que comulga y el Cuerpo de Jesucristo una unión moral y física hasta cierto punto; por manera, que si el Redentor Sacramentado es sustento del alma, con razón semejante puede serlo también del cuerpo; y una unión tan estrecha é íntima entre ambos cuerpos divino y humano, ¿no hará que éste participe de la vida inmortal de Jesucristo, según la cual, el Señor no necesita alimentarse más que de la esencia del Padre? La curación de las llagas de la concupiscencia, esa perfecta castidad, esas pasiones mortificadas, ¿no son ópimos frutos, por ventura, de la Comunión eucarística? y qué ¿no pertenecen estas cosas al cuerpo? Finalmente, las relaciones necesarias entre el alma y el cuerpo humano no pueden ser más conocidas de todos: es herido el cuerpo y se entristece el alma; es ofendida el alma, es burlada, por ejemplo, y sufre el cuerpo hasta languidecerse. El manjar y bebida corporales hanse dispuesto para sólo el cuerpo; sin embargo, ¿quién no advierte que cuando el cuerpo está alimentado hasta la saciedad con opípara comida y generoso vino, el espíritu se alegra, se entusiasma y hasta puede enajenarse, por desgracia?

Mas, pregunto ahora, si el manjar corporal influye de este modo en el alma, de tal manera que la sustenta en cierto modo, pues la anima y presta la vida, ¿cómo no ha de realizar un efecto semejante el Manjar eucarístico en el cuerpo humano? Para mí esta razón es poderosísima, ya que explica suficientemente esos prodigiosos sucesos acaecidos á varones de Dios, según los cuales la Divina Eucaristía les ha sustentado el cuerpo por mucho tiempo.

12. No me importa que haya teólogos que no sean de parecer semejante; ni rebate la presente doctrina el que haya otros que afirmen que no son las especies sacramentales, sino otra substancia originada de ellas la que en estos casos sustenta el cuerpo, porque para el caso es lo mismo; el objeto es que la Santa Hostia conserva el cuerpo humano algunas veces sin necesidad de corporal alimento; por esto dice Tomás Waldense (1) que cuando á Dios le place, por alguna causa y razón que Él sabe, con una muy pequeña partícula consagrada sustenta más y mejor que con todos los regalos de la tierra.» ¿Qué mucho es, añade el P. Alonso Rivera (2) que Dios sustente el cuerpo con las Especies sacramentales, pues sin sustento alguno lo puede hacer hasta con los irracionales? Con elocuencia suma el Ilmo. Sr. Murúa (3) ha dejado escrito: «Dios ha querido hacer visibles á los ojos estas maravillosas ascensiones, y llenas están las vidas de los santos de esos celestiales episodios en que el espíritu, arrebatado por el éxtasis eucarístico, ascendía con la Hostia, arrebatando tras sí, como una nube de incienso, el cuerpo transfigurado. Entonces vióse al cuerpo levantarse en la oración con el alma, perder absolutamente el sentido, permanecer insensible lo mismo al cilicio de la penitencia que al azote del tirano, no necesitar para vivir otro pan que el de los ángeles, ni otro embalsamamiento para preservarse de la corrupción del sepulcro que el Viático...»

13. Ejemplos prácticos registran las historias eclesiásticas de personas devotísimas de la Eucaristía, por medio de la cual quiso el Señor sustentasen sus cuerpos, unas durante toda la vida, otras por espacio de muchos años, y algunas, días enteros sin tomar ninguno ó escasísimo alimento corporal. Cuenta Marco Marulo (4) que á S. Liberal, obispo Ateniense le fué concedido sustentar la vida corporal hasta el fin de sus días con sólo el Santísimo Sacramento que recibía todos los Domingos; y de Sta. Ángela de Mericis, ase-

(1) Tomo II, cap. 62.

(2) Trat. 6, § 8.

(3) Carta de invitación para el Cong. de Lugo.

(4) Lib. 4, cap. 1 y 12.

gura el Breviario (1) que únicamente con la Eucaristía que recibía todos los días, pasaba su bendita vida sin tomar corporal alimento.

Si hubiera de referir las prodigiosas y periódicas sustentaciones corporales realizadas en los siervos de Dios, sería cuestión de nunca acabar; mas por animar la devoción diré que, en el siglo IX una doncellita de doce años, después de comulgar por Pascua de Resurrección, estuvo dos años y medio sin comer ni tener apetito, efecto de la recepción del Santísimo Sacramento (2); que el emperador Ludovico Pío en su última enfermedad pasó cuarenta días enteros sin tomar otro alimento más que la Sagrada Eucaristía (3); que en el siglo XIII una doncella de la villa de Erekel en Alemania vivió más de treinta años sin comer ni beber, sustentada con el Pan de los fuertes (4). Y ¿qué diremos de Sta. Catalina de Sena que únicamente con la Eucaristía pasó desde el día de ceniza hasta el de la Ascensión (5)? y de Sta. Juliana de Falconeri que pasaba la semana solamente con el celeste Viático, excepto el sábado en que tomaba pan y agua (6)? y de un monje helvecio que no probó alimento corporal en 15 años, sustentándose tan sólo con la Eucaristía (7)? Tomás Waldense refiere de una virtuosa doncella de Inglaterra, llamada Juana Merles, que pudo pasar quince años sin alimento corporal, comulgando solamente los domingos (8); y no era esto lo más extraordinario, sino que sabía distinguir perfectamente entre una Hostia consagrada y otra que no lo estaba. Cuenta, asimismo, que Dilia, doncellita de Schilda, villa del condado de Holanda, hacía ya catorce años que se sustentaba exclusivamente con el alimento Eucarístico; probaba la leche, pero en los últimos ocho años dejó de tomarla, sustentándose meramente con la Eucaristía, que recibía todos

(1) 21 Febrero, lec. V.

(2) Crónica de Sigiberto, año de 823.

(3) Tomás Bocio, tom. II, lib. 15.

(4) Nauclero, año de 1288.

(5) Oficio de su fiesta.

(6) Brev. francis., 19 de Junio, lec. V.

(7) P. Pagani.

(8) De sacram., tom. II, cap. 62.

los domingos. En Roma, según atestigua el citado P. Paganí, había una virgen llamada Felisa que pasó cinco cuasmas sin otro alimento que el Sacramento Santísimo.

Muchos devotos de Jesús Sacramentado podían abstenirse de toda comida y bebida hasta llegada la noche en que tomaban alguna refección. La V. Sor María Jesús de Ágreda comulgaba todas la mañanas y se estaba dando gracias, puesta de rodillas, hasta venida la noche en que se desayunaba; y no hace muchos años el penitente, terciario franciscano, Casimiro Barello, pasaba todo el día, después de haber comulgado, en la presencia del Sacramento, sin probar otro bocado hasta la noche.

14. Mas, dirá algún atrevido, ¿cómo es que ahora no se descubren ejemplos semejantes? y yo le manifestaré que ahora como siempre se repiten estos maravillosos hechos; si quienes formulan tales preguntas fuesen buenos católicos y frecuentaran las iglesias y tuvieran amor á Cristo Sacramentado, verían cómo ellos mismos sin preguntar á nadie, hallarían la solución de sus enigmas.

Envidia santa debieran causarnos estas manifestaciones del poder y del amor de un Dios Sacramentado. Si no podemos imitar á los santos referidos, porque aquellas gracias fueron *gratis datas*, al menos no nos hagamos merecedores de la ira de Dios, dejando de frecuentar un Sacramento del que nos vienen los tesoros del Eterno.

15. ¡Oh Sacramento de maravillosa virtud! te diré con Fr. Luis de Granada, por ti se pueblan los cielos y se vencen los demonios y se reparan los hombres (1). Si todo cuanto he dicho de Ti demuestra el grande amor que nos tienes, ¿qué dijera yo de tu mismo amor? «Todo el amor que nos tuvisteis antes de quedarte sacramentado, fué poco, comparado con la merced que nos hiciste dándote á ti mismo á nosotros. ¡Oh dulce Jesús! que yo me mantenga á costa tuya y sea al propio tiempo un ingrato, eso lo reprueba el buen sentido. ¡Perdón, Señor, perdón! y concédeme tu gracia para que te ame firmemente para siempre.

(1) De oratione et medit.

EJEMPLO

Santa Rosa de Lima, á causa de sus terribles penitencias y prolongados ayunos, estaba completamente extenuada. Sin embargo, después que recibía la Sagrada Comunión se transformaba su rostro, pareciendo más bien un serafín. Cierta mañana regresaba con su madre á casa, después de haber comulgado en el convento de Sto. Domingo. Hacía fuerte viento y el velo que cubría su pudoroso rostro fué levantado hacia lo alto. Unos hombres, que la vieron, que por cierto no debían ser muy recatados, la dijeron:—Que colorada va la beatita: bien la habrán dado de almorzar los frailes.—Un cordero,—respondió la santa, dando con semejante respuesta una buena lección á los atrevidos, pues en verdad había recibido al Cordero divino.—*Parra, in vita ejus.*